

La degradación de las civilizaciones

CARLOS GONZÁLEZ BARBERÁN

El clima de inseguridad que el terrorismo generalizado ha impuesto en el mundo no es el más apropiado para el desarrollo económico de los países. El dinero huye de las situaciones conflictivas y, por tanto, la inversión se detiene en espera de tiempos de bonanza. Éste es un problema que afecta seriamente a nuestros empresarios, sobre el que conviene meditar.

Pero debemos matizar, porque no todos los terrorismos son iguales y la erradicación de este fenómeno exige la determinación de las causas. Los métodos son iguales, el terror, pero los orígenes obedecen a causas distintas que podemos clasificar en dos grandes grupos:

a) Terrorismo basado en el irredentismo, como el IRA, la ETA o los tamiles de Sri Lanka.

b) Terrorismo basado en el fanatismo religioso, como el islamista, o de algún credo laico, de naturaleza no confesional, como el anarquismo.

El primero, a pesar de su brutalidad, tiende a solucionarse porque puede tener una cierta base de racionalidad que con medidas de policía y justicia, basadas en el estado de derecho, podría llegar a buen fin.

El segundo es difícil de eliminar porque hunde sus raíces en una interpretación exclusiva y excluyente del sentimiento religioso. Pero no es cuestión de civilizaciones; es decir, del enriquecimiento del ciudadano, del desarrollo cultural de lo civil, que es negocio de este mundo. La civilización se degrada cuando un componente religioso fanatizado, que es negocio del más allá, interfiere con lo civil y pretende suplantarle de forma excluyente.

Sin embargo, un componente religioso cuya base parte de la dignidad y libertad del hombre, de la igualdad de derechos de todos los hombres y del amor a la huma-

nidad, como es el mensaje de Cristo, facilita el desarrollo de una sociedad más justa y, por tanto, más civilizada.

Pero conviene recordar que las religiones las interpretan organizaciones humanas que, a veces, en el transcurso de los tiempos han derivado en situaciones abominables de clara invasión y suplantación del poder civil, imponiendo dogmas, normas de vida, violentando conciencias, anulando la personalidad.

La civilización islámica, en los albores de su expansión a final del siglo VIII, era la más progresista del mundo. A medida que se extendía, aprendía, asimilaba y valoraba toda la ciencia de su tiempo. No tenía, prácticamente, elementos valiosos genuinos en su origen; sus mezquitas y edificios civiles se construían con elementos de acarreo romanos, bizantinos, griegos, egipcios, visigodos, etc, ordenándolos genialmente de forma funcional, a sus propósitos. La geometría, el álgebra, la medicina, la filosofía fueron incorporados al acervo cultural de lo árabe que, prácticamente, era la nada. Y en los siglos IX y X había dos grandes focos del saber y del refinamiento cultural en el mundo occidental: por el este, El Cairo, Al Qahira, La Victoriosa, centro de la civilización fatimí; y por el oeste, Córdoba, centro de la civilización del califato omeya. Todo servía, todo se cultivaba, todo se aprovechaba, todo se difundía; eran dos focos de la progresía y la tolerancia de su tiempo. Aunque el Islam era la religión oficial y mayoritaria, en principio, todos los credos se toleraban. A este respecto, cabe comentar que los musulmanes invasores compraron (no confiscaron) a los visigodos cristianos la basílica de San Vicente para realizar sus oraciones; después, al quedarse pequeña, edificaron sobre ella, la mezquita aljama.

La civilización se degrada cuando un componente religioso fanatizado, que es negocio del más allá, interfiere con lo civil y pretende suplantarle de forma excluyente.

Los musulmanes de España estaban en la cresta de la ola del progreso y la civilización cuando, en Castilla, Gonzalo de Berceo apenas balbuceaba unas frases en román paladino, y los Berenguer, en la antigua Marca Hispánica, chapurreaban la lengua de Oc de los trovadores provenzales.

Tuvo que llegar el fanatismo almohade en el siglo XI, anidado en las estribaciones del Atlas, para destrozarse todo lo que, a su juicio, se apartaba de la sharia islámica.

Reinterpretaron mezquitas, asolaron palacios y almunias, impusieron velos, vestimentas y formas de vida, persiguieron a otros musulmanes, cristianos y a judíos. Este es el primer ejemplo en Occidente de la invasión del integrismo y fanatismo religioso en la vida civil, porque, en principio, insistimos, la civilización islámica era libre, tolerante y atractiva. Unas recientes teorías de los historiadores achacan la rápida conquista árabe de España a una conversión en masa al Islam de la población hispano romana y visigoda cristiana de la península.

Pero la llamada civilización cristiana tampoco está exenta de culpa, porque el fanatismo religioso también ha llenado de injusticia y sufrimiento a la sociedad civil.

Y no cabe excusarse en la mentalidad de los tiempos. El abuso, la injusticia, la violencia sobre las conciencias es reprobable en todos los tiempos. Y así lo ha reconocido nuestro anterior Papa, Juan Pablo II, que ha pedido perdón por algunos errores fatales de la iglesia católica en el pasado.

Ha sido un movimiento de autenticidad y limpieza que ha dado nuevo vigor a la sociedad cristiana, con transcendencia ecuménica muy importante.

El propio Ignacio de Loyola, el San Pablo de la era moderna, fue perseguido por la Inquisición y sufrió cárcel cuando, después de dejar las armas, estudiaba en la Universidad de Alcalá de Henares y, posteriormente, en Salamanca, a causa de sus pensamientos sobre los ejercicios espirituales, tuvo que marchar, por fin, a la Sorbona de París. Allí, en Montmartre, nació el núcleo de los Jesuitas, que constituirían los defensores de



Caravaggio: Santa Catalina de Alejandría (colección Thyssen)



Boixades: La corte de Abderraban III (Paraninfo Universidad de Barcelona)

la fe después del Concilio de Trento.

Precisamente, un grupo de Jesuitas, los «bolandistas» (del franco-belga Padre Jean Bolland) fueron encargados por el papa de depurar las numerosas supercherías que abundaban en el santoral cristiano (santos inexistentes, milagros falsos, devociones sin sentido, etc). Pero aún, hoy, persisten los errores. Por ejemplo, Santa Catalina de Alejandría, al parecer, nunca ha existido; no ha habido tal santa martirizada, representada por los mejores pintores del Medievo, del Renacimiento o del Barroco (Gallego, Yañez de la Almedina, Rafael, Veronés, Carracci, Ribera, Caravaggio, etc.) ; hasta se detallan los atributos de su martirio, una rueda con garfios que se rompió por un rayo celestial ante la firmeza de su santidad, y se relatan los detalles de su vida, el martirio y el traslado de su cuerpo por los ángeles al Monte Sinaí.

Teóricamente, fue retirada del santoral en una depuración de 1969 (Revilla), pero recientemente, en una edición oficial del calendario cristiano (Evangelio 2005) todavía figuraba como santa del día 25 de noviembre. En Cádiz hay una iglesia dedicada a Santa Catalina de Alejandría, presidida por un magnífico cuadro de Murillo con la imagen de esta "santa". También está en retablos de la Catedral vieja de Salamanca, en la iglesia de San Pablo, en Zaragoza, y en la Catedral de Tarragona y Tudela se sigue rezando a la nada. En Sevilla sucede otro

tanto en la Iglesia de Santa Catalina, presidida por una talla policromada de la Santa con los atributos de su supuesto martirio. En cuanto a los jiennenses, la advocación de su incierta patrona no sería gran problema derivarla a Santa Catalina de Siena que, además de ser verdadera, es también gran doctora de la Iglesia.

La Inquisición estuvo vigente en nuestro país hasta principios del siglo XIX. Tuvo que venir José Bonaparte, durante su corto reinado en España, para derogarla definitivamente. Pero la situación todavía siguió opresora, porque el «deseado» Fernando VII impidió los beneficios de la Ilustración y que entrara el aire fresco de la Constitución de 1812 en las conciencias, en vez del «vivan las caenas». La Inquisición sumió a España en una postración intelectual de la que no parece haberse recuperado todavía (Delgado Gal).

Según todo lo anterior, no hay conflicto de civilizaciones en la base del terrorismo; las civilizaciones son, por definición, fuentes abiertas de cultura. La causa está, precisamente, en la degradación de la civilización por la dictadura del fanatismo religioso, que cierra los caminos del pensamiento, del progreso, de la investigación, del libre albedrío, de la libertad, en definitiva.

El remedio salta a la vista. Hay que recuperar la libertad en los orígenes, propiciando sociedades libres allá donde se siembra y se cultiva el terrorismo, ayudándoles a salir

de la injusticia y de la miseria, porque no se puede ser libre para decidir qué hambre te toca elegir hoy. Y uno de los pilares fundamentales de la libertad es la cultura, sin mediatizaciones de ningún tipo, sin monopolizaciones doctrinales, con libertad de elección.

En los párrafos anteriores no se ha tratado de contraponer las civilizaciones cristiana e islámica, sino, demostrar que ninguna doctrina, en su imbricación social, ha estado exenta de errores y falsedades durante algún tiempo; y que dichos errores pueden llegar al escepticismo, cuando no a la violencia intrasigente hacia el que no participa de la misma cosmovisión. Por tanto, reconocer y deshacer las falsedades es una labor de estricta policía doctrinal para conseguir una sociedad más limpia y más justa.

Es de esperar en la sociedad islámica un periodo de reflexión y de reacción, análogo al de la sociedad cristiana, que depure unas conductas contrarias a la propia condición humana. ☹

Las religiones las interpretan organizaciones humanas que, a veces, en el transcurso de los tiempos han derivado en situaciones abominables de clara invasión y suplantación del poder civil, imponiendo dogmas, normas de vida, violentando conciencias, anulando la personalidad.